

**José Cecilio del Valle** fue un centroamericano de primera línea en los acontecimientos de la independencia y la república centroamericana. Nació en Choluteca, Honduras en 1777 y murió, camino a ese mismo país, en 1834. Personaje polémico que, todavía en fechas relativamente recientes, ha sido piedra de discordia en círculos académicos y gubernamentales.<sup>1</sup> Valle es, posiblemente,

*“entre la ilustración y el liberalismo, (...) el hombre mejor formado de Centroamérica en la primera mitad del siglo diecinueve (...), y cuyo aporte es de tal magnitud que bien puede decirse, parafraseando a García, que en una coyuntura en la que faltan*

“desplazado”, para identificar una persona nacida fuera de época, en el entendido de que su contribución trascendió de tal manera las demandas históricas que fue un incomprendido. Pese a ello, su pensamiento y práctica tuvieron un impacto determinante en eventos tan significativos, como la redacción del *Acta de Independencia* en 1821. Estudiosos de su obra y vida llegan, incluso, a dolerse de que por mezquindad o torpeza política de sus adversarios no llegara a ocupar el puesto máximo de presidente de la República Federal Centroamericana.<sup>2</sup>

La producción personal de Valle, así como la escrita sobre su vida y obra, es sumamente extensa.<sup>3</sup> Por tal razón, el presente ensayo no se explaya en asuntos ya conocidos,

tales como los relativos a la biografía, sino que tiene como objetivos principales explorar e identificar, en el pensamiento de Valle, algunas tendencias y características que puedan ser asociadas a una

configuración conceptual que llamamos *americanidad* y, de paso, sin que ésta sea la principal, intentar algunas relaciones de oposición o semejanza entre Valle y otros pensadores relevantes de la región.

# JOSÉ CECILIO DEL VALLE: *americanidad y otras relaciones*

**Danielo  
Pérez Zumbado**

Profesor costarricense de la Universidad Nacional  
Heredia de Costa Rica

*dirigentes vivos, ‘los muertos orientan nuestra historia.’ Y entre ellos, José del Valle es de los mejores”* (Valle, 1982: XXXX).

Apreciaciones similares realizan autores como Meléndez, para quien Valle fue *“un estudioso ilustrado que alentaba alcanzar la meta superior del sabio, mediante una extraordinaria aplicación al conocimiento y una singular fe en las fuerzas excepcionales de la razón”* (Meléndez, 1988: 22), o Láscaris que afirmaba: *“lo que no es habitual señalar, y yo deseo hacerlo, es que Valle unió, a su capacidad mental y su claridad mental, un temple humano y una entereza únicas en Centroamérica. No entereza de gritar ni desplantar, sino reciedumbre serena”* (Láscaris, 1970: 434).

Estas opiniones reconocen en Valle un hombre de capacidades extraordinarias, tanto intelectuales como morales. Algunos dicen un

## *¿Identidad o americanidad?*

El concepto *identidad latinoamericana* ha estado presente desde hace largo tiempo, no tanto como instrumento conceptual y metodológico, al estilo de psicología social clásica, en la mente de renombrados pensadores de la región. Ellos, sin proponerse una incursión en este campo, han contribuido a la configuración de un conjunto de rasgos explicativos del ser y del hacer de los latinoamericanos, no todo el tiempo convergentes y compatibles entre sí que, todavía en fechas recientes, sirve de base entre otras cosas a las discusiones en torno a las topías y utopías de nuestra América. Sarmiento, Martí, Rodó, Vasconcelos, etc., ocupan un lugar especial entre ellos.

Claro está que la idea de la identidad no se encuentra rigurosamente elaborada, como un constructo racionalmente concebido, en sus escritos, sino que es justamente a partir de sus disquisiciones en torno a temas diversos que es posible derivar de ellas las tendencias de lo que hoy, en particular los cultivadores de la historiografía latinoamericana de



---

---

las ideas, suelen llamar con ese nombre. Así entonces el *Facundo* de Sarmiento ocupado, según sus objetivos más explícitos, en la crítica al gobierno de Rosas en Argentina a través de la figura de Facundo Quiroga, ofrece una extraordinaria cantidad de percepciones de Sarmiento sobre el ser y el hacer de los argentinos de la época, extensible, por sus implicaciones político-culturales, al resto de los latinoamericanos, y muy enfáticamente cuando coteja la topía rosista con la utopía anglosajona.

Cerutti propone, frente a la noción ontológica de identidad, una noción histórica que valora “más fecunda en su uso historiográfico y en la reflexión cultural y filosófico-política” y que intenta dar “respuesta a la pregunta por el **ser-siendo**, en diferentes momentos históricos, pero con una clara proyección hacia el futuro. Es una noción cuyo referente no es, sino que procede, es un proceso, corresponde a un uso procesal de la noción el cual remite a un curso...” (Cerutti, 1996: 21). Esta noción la denomina un concepto fecundo que resume, como acogedora de la experiencia de la **alteridad** (interesa no sólo el *quiénes somos*, sino también el *quiénes son los otros*), en posición **defensiva** (“desde el otro inclusive desde la conciencia de ser otros”) como **no homogénea** sino abierta a “la riqueza complementaria de lo diverso”, como **espacio o totalidad** cuyas partes son **respetadas en su alteridad y diversidad** y como **mestizaje**, en tanto “metáfora (que) aspira al reconocimiento de la mezcla que se da **de facto** en la historia en tanto acontecimiento positivo y, en el límite, humanizante” (*Ibidem*: 38-39).

Otra distinción también fecunda para efectos metodológicos que nos atrevemos a proponer es la polaridad-continuidad entre lo que llamaremos *americanidad tópica* y *americanidad utópica*. La primera la entendemos como el conjunto de rasgos del ser y del hacer de un pueblo, etnia, grupo social, etc., que corresponde, en un determinado contexto histórico, al **ser-siendo** de su proceso de vida, y la segunda, como el conjunto de rasgos del ser y del hacer como aspiración hacia el futuro, es decir, el **deber-ser-querer** (Cerutti), como proyección constructiva y esperanzada de justicia y felicidad social. Esta distinción parece oportuna dado el enfoque a partir del cual hablamos, a saber, los contenidos del pensamiento del discurso escrito de personajes relevantes de la historia latinoamericana y su potencial y real influencia de algunos sobre la configuración (procesal) de nuestra americanidad.

Aquí se justifica una breve digresión. En psicología social se tiende a entender identidad de manera similar a lo que antes llamamos tópica, y se recurre preferencialmente, dentro de la tónica del positivismo, al escrutinio de los rasgos de determinados grupos sociales por medio de los

cuestionarios (en muestras representativas o universos manejables), cuyo análisis suele respaldarse en lo cuantitativo o, incluso, en el psicoanálisis.<sup>4</sup> Nuestro caso, ubicado dentro del marco de la historiografía de las ideas, se inclina más bien al análisis de los contenidos, de discursos escritos, de pensadores relevantes latinoamericanos, en la perspectiva de reelaborar un supuesto conjunto de derivaciones de pensamiento que puedan asociarse a las percepciones y creencias que un personaje tuvo con relación a un grupo social (llámase nación, etnia, género, etc.) de un determinado contexto histórico.

Planteada esta distinción metodológica, resulta útil recorrer sucintamente la teoría de la atribución de los psicólogos sociales Jaspas y Hewstone, pues nos permite entender más nítidamente los mecanismos productores del pensamiento de Valle. No obstante, es preciso aclarar que, aunque este enfoque teórico destaca la percepción individual (con adhesión a reconsideraciones de tipo social-histórico), el aporte de Valle constituye parte del patrimonio cultural-histórico de nuestros pueblos y que, como tal, enriqueció (y enriquece) los sentidos, los afectos, las creencias, las imágenes de determinados colectivos sociales en el pasado (y el presente histórico).

Del supuesto que asegura la dificultad de “explicar la acción humana y, sin duda, el comportamiento social sin un conocimiento de los procesos cognitivos que sirven como mediadores entre la realidad física y objetiva y la reacción de un individuo” (Moscovici, 1988: 415), Jaspas y Hewstone concluyen la necesidad de abonar las tesis de la atribución social. Otros autores (Heider, Jones y Davis, Kelley y Weiner) indican que

*“los procesos de atribución de este tipo no son más que una parte de la percepción del otro y del juicio sobre él. La atribución de un comportamiento a rasgos latentes constituye tan sólo la primera etapa de la formación de una impresión sobre otra persona. Para que el observador llegue a un juicio definitivo de conjunto es necesario que integre todas las informaciones disponibles, ya sean inconsistentes o no. Una vez integrada la observación aparece una representación que sobreentiende una teoría (de la personalidad) implícita completa por parte del observador”* (*Ibidem*: 417-418).

Es decir, la teoría de la atribución señala que la persona o grupo social tiende a endilgar a otro u otros determinadas características y valoraciones de comportamiento a partir de las percepciones que se alimentan de informaciones y vivencias que conforman parte de un complejo mayor de representaciones. Por ello, los puntos principales constitutivos de este enfoque son “el tratamiento activo de

---

---

la información, el papel de las expectativas y de las comparaciones respecto de la percepción, la organización en la medida en que ésta guía la acción y facilita la previsión” (*Ibidem*: 429). De esta manera, podemos decir que la persona en su experiencia personal y social va construyendo determinadas creencias y opiniones que refiere a otros (o a determinadas situaciones sociales) en términos de atribuciones, y que luego puede compartir con otros. Estas creencias compartidas las designa Moscovici como “representaciones sociales”.

En este sentido vamos a entender las diversas concepciones de Valle con respecto a la “americanidad” como producto de su proceso de atribución social. Damos por entendido que tales “representaciones” sirven para configurar una suerte de identidad latinoamericana que, en este caso, responde a un grupo social particular y a un determinado momento histórico. Nos parece oportuna esta consideración pues, como se verá posteriormente, Valle, en su discurrir, atribuye determinadas características a los distintos grupos sociales que, cuando se insertan en la temporalidad de los procesos de la independencia y la república (es decir, que responden al estado de cosas reinante), bien podemos aludirlos como americanidad tónica y aquellas que dispara luminosamente cuando anticipa el futuro de América o Guatemala (en otras palabras, que insisten en la legitimidad y necesidad del cambio), dentro de la tónica de la americanidad utópica. En ambos casos, entendemos tales visiones como atribuciones sostenidas en la experiencia y la formación histórica concreta de Valle, frente a las demandas de sus compromisos políticos e intelectuales.

Intercalamos adrede el concepto americanidad en lugar de identidad, pese a que recurrimos a su apoyatura anteriormente, porque coincidimos con la duda expresada por Bernal<sup>5</sup> sobre la pertinencia o impertinencia de proseguir preguntándonos sobre identidad latinoamericana, como solución de autoafirmación, en especial cuando lo hacemos contra el trasfondo de una mítica identidad anglosajona. En esta repetición obsesiva corremos el riesgo de caer en la trampa del desconocimiento de nosotros mismos, en tanto diversidad de alteridades, toda vez que apuntalamos la culpa de nuestro “pecado original”, aquel que Zea ilustra con la pregunta que el europeo conquistador se formulara de las culturas indígenas: ¿son hombres o homúnculos? Creemos que hablar de identidad puede dar paso, incluso, a la interrogación subrepticia que vacila o asevera la negación de la identidad misma de las alteridades latinoamericanas. Es decir, podríamos poner en jaque nuestra propia existencia, lo cual revelaría una fijación histórico-antropológica hegemónica por la ideología de la destrucción y la conquista ibérico-europea.

A cambio de ello, hablar de americanidad, de “nuestra-americanidad” como una legítima reapropiación martiana, es afirmación, aseguramiento, confianza en nuestro ser-siendo. Lo cual se constituye en garantía de nuestro propio proceder y búsqueda autocrítica de nuestro deber-querer-ser. Americanidad es concreción y superación histórica, en tanto enraizamiento y desarrollo. Es base y trascendencia de nuestro pensar y nuestro hacer presente y futuro. Esto no obsta para volver los ojos hacia nuestras propias alteridades y reconocer las debilidades que demandan ser superadas y las virtudes que deben ser decantadas y fortalecidas. La americanidad es negación del “pecado original”, es decir, negación de la ontologización de la culpa y de la duda de ser-siendo; por el contrario, es proceso histórico, contingencia tras contingencia que requiere ser valorada y trascendida en la perspectiva utópica de un deber-querer-ser, que aspira a un mundo humano y natural mejor por sus equilibrios y rupturas constructivas.

#### *Americanidad e historia*

Valle, en su texto *Prospecto de la historia de Guatemala* de 1825, plantea cuatro grandes acciones para dar cuenta de la historicidad del Reino de Guatemala: Guatemala india, provincia de España, provincia de México y República libre. Su primera referencia a Guatemala india implica un reconocimiento de la organización indígena, como pequeñas naciones gobernadas por reyes, electivos unos y hereditarios otros, y contrarias entre sí, pero todas convencidas de su oposición a la dominación mexicana.

Cuando hace referencia a la presencia española expresa con gran claridad los actos usurpatorios y destructivos de las sociedades y culturas indígenas. El acto de la conquista lo presenta como ruptura que asume implícitamente como valorable, en términos de sus condiciones de existencia y sus potenciales aportes a la conjunción de culturas. Aquí no hay, en sus precisiones iniciales, alusión a la polaridad barbarie-civilización al estilo de Sarmiento. Por el contrario, la crítica al absolutismo hispánico le permite decir:

*“el celo que quería abolir la religión pagana y plantar la Católica destruyó los monumentos de los Indios que podían dar luces sobre sus opiniones religiosas y morales, su disciplina y sus cultos”;*

*“desaparecieron los sacerdotes, depositarios de la teología, liturgia y astronomía de los Indios; desaparecieron en su mayor número los caciques que habían recibido educación, y tenían por ella y sus empleos algunas luces o ilustración. Quedó lo más infeliz, lo más ignorante de los pueblos; y a esos*

---

---

*hombres que quedaron no se permitía tener un baile, ni montar una caballería” (Valle, 1982: 350-51).*

Aunque Valle en sus desarrollos, y más enfáticamente cuando relata la experiencia de la fundación de la república, emite criterios que asumen frustración y desdén con respecto a la población mestiza e indígena, deja traslucir siempre un reconocimiento a las capacidades y potencialidades de estos sectores. En su texto titulado *América* dice sobre los indios que

*“no manifestaban talentos naturales, ni se barruntaba en su descendencia la potencia divina de perfeccionarlos. Pero las obras de Anahuac; las maravillas de Tenochtitlán, los atestaban iguales o mayores que los del español en sus primeros siglos...” (Ibidem: 209).*

De manera similar en el ensayo *Prospecto de la historia de Guatemala* exclama que, a pesar de la dificultad de penetrar en la primera época de su ser, existen “monumentos que en medio de las ruinas donde se encuentran comunican luces a quien sepa observarlos” (Ibidem: 348).

De allí que valore lo perdido y lo destruido, y sea incluso capaz de señalar la responsabilidad hispánica en los acontecimientos desencadenados por la conquista. A su juicio, *“la pobreza, la miseria, la ignorancia, el embrutecimiento debían ser efectos precisos de un sistema tan funesto. No había esperanza de que a una noche tan oscura siguiere al menos un crepúsculo de media luz. El abatimiento era el carácter del guatemalteco y los demás hijos de América” (Ibidem: 351).*

En otro momento, guiado por los preclaros fundamentos de la Ilustración, afirma que Europa pudo ser pueblo de dioses si, habiendo respetado las soberanías y los derechos de América, se hubiera limitado a proveer las luces que aquella necesitaba, en lugar del sometimiento.

Valle, por tanto, no parte de una ontologización negativa del mundo indígena sino que se atreve a afirmar, con aptitud responsable, que sobre el mundo anterior poco se sabe y que es justamente responsabilidad del historiador intentar la recopilación y recuperación para “conocer esos pequeños reinos”. La americanidad es aquí ruptura, estancamiento temporal por razones de sometimiento y destrucción, pero no desconocimiento absoluto de la alteridad indígena. Por el contrario, como se verá más tarde, Valle pone la esperanza de una eclosión en la educación de los diversos sectores empobrecidos por la ignorancia de la justicia.

**Guatemala: riqueza y geografía**

Dice Valle:

*“Guatemala es la parte más felizmente situada en este continente, es una de las porciones más hermosas del nuevo mundo; en el bello central de la América” (Meléndez, 1988: 92).*

Esta posición, en medio de las Américas, le facilita las relaciones con las dos otras grandes partes, casi a igual distancia de una y de la otra. Por ende, la posición es garantía de desarrollo comercial que le vaticina un futuro promisorio.



Imbuido del espíritu todavía reinante de América como tierra de esperanza, reitera las riquezas de la minería y la agricultura, y se atreve a afirmar que “no hay germen alguno de riqueza que no exista en un territorio de posición, extensión y figura, elevación y naturaleza tan ventajosos” (Ibidem: 93). He aquí todavía viva la apabullante presencia de la naturaleza como ingrediente fundamental de la

americanidad. Como se verá después, en su exhortación utópica de América, Valle hecha mano a la riqueza, la vastedad, la belleza y virginidad de los inmensos territorios para ensayar un discurso que anuncia el desarrollo y la felicidad de los habitantes del continente.

Hay que recordar que tales escritos son elaborados en la segunda y tercera década del siglo diecinueve. Tal ubicación temporal sugiere dos aseveraciones, poco novedosas pero importantes de destacar en el presente trabajo. La primera ya fue anunciada, remite a la continuidad de una tradición utópica, dentro de la línea de las utopías del retorno, es decir, la América es sitio y contingencia de múltiples relatos, en los que se recrea y ansía el paraíso perdido. La otra es que el pensamiento de Valle se constituye en antecedente de posteriores desarrollos, en la historia de las ideas, de tal manera que no sería extraño que algunas de esas obras hayan tenido como referente su pensamiento.

Así entonces, una anticipación como la siguiente, de seguro, pudo ser de innegable utilidad para Vasconcelos: *“La América será, por último, la que debe ser. Colocada en la posición geográfica más feliz; dueña de tierras más vastas y féculdas que las de España; señora de minerales más ricos; poblada con la multiplicación de medios más abundantes de*

---

---

*existencia, ilustrada con todos los descubrimientos del europeo, y lo que estos mismos descubrimientos facilitarían al americano; llena de hombres, de luces, de riquezas y de poder, será en la Tierra la primera parte de ella; dará opiniones, usos y costumbres a las demás naciones; llegará a dominar por su ilustración y riqueza; será en lo futuro en toda la extensión del globo lo que es al presente en Europa la rica y pensadora Albión”* (Valle, 1982: 220).

He aquí un anticipo de lo que será, cien años después, la *raza cósmica* del insigne pensador mexicano.

Sin duda, estas atribuciones que Valle hace al continente americano como sitio del máximo desarrollo humano futuro tienen lugar asegurado en la americanidad utópica. Son, pues, intentos de presagiar y de intuir el querer-deber-ser, que ha sido acicate permanente de los latinoamericanos comprometidos en la construcción de una sociedad latinoamericana modelo.

#### ***Atribución y americanidad tópica***

Cuando Valle se sitúa en el contexto histórico de su propio devenir —el Reino de Guatemala de 1820 ó 1830, el cual, a veces, llama Centroamérica— se pronuncia sobre una realidad que, por un lado, atraviesa por importantes transformaciones políticas y, por otro lado, arrastra los lastres de un pasado colonial que él mismo critica agudamente para identificar causas responsables. Pero siendo este un período de convulsiones, en el cual igual se cae en la ilusión que en el desengaño, es factible encontrar en el pensamiento de Valle ciertas incompatibilidades que, luego vistas a la luz del proceso y, fundamentalmente, de las experiencias personales y las representaciones mentales (podemos sumar a ellas los calificativos de ideológicos y culturales), explican tanto las variaciones como las constantes de su pensamiento.

Una introducción adecuada del tema, por su evidente recargo en las ideas, es su brevísima concepción de los tres estados de los pueblos. Al respecto dice que *“recorriendo la historia de los pueblos antiguos y volviendo la vista a los modernos, se observa que todos tienen uno de tres estados: el de la ignorancia, el del error y el de la ilustración. Los primeros son como las tierras incultas, pero limpias, en que basta arrojar buenas semillas para que broten plantas útiles; los segundos, semejantes a aquellos campos llenos de espinas y raíces enmarañadas en que es preciso arrancar la maleza que los cubre antes de comenzar a sembrar; los terceros son esos huertos hermosos cubiertos de frutos regalados”* (Ibidem: 126).

Según esta clasificación, Guatemala era el país del error, pues no podía ser acusada de pueblo ignorante ni de capital ilustrada. En esta comparación agrícola-pastoril,

Guatemala era sitio de siembra que requería de previo la preparación del terreno, la eliminación de la mala hierba. Si vinculamos esta idea al reconocimiento que Valle hiciera de las culturas indígenas y a las consecuencias funestas de la conquista y colonización, podemos entender la importancia de la erradicación de la ignorancia, aquella que procede del rudimentario desarrollo de los talentos naturales y de las devastadoras consecuencias de la destrucción cultural. Aquí la americanidad tópica emerge y empieza a adquirir forma.

Hay momentos en la vida de Valle que ponen al descubierto la dialéctica de la permanencia y el cambio de las representaciones en su mentalidad ideológica-cultural, pues realiza atribuciones sobre el ser y hacer del pueblo (término por lo demás muy general, aunque queda implícito y explícito en muchos casos que se refiere a ladinos e indígenas) en las que interjuegan su formación ilustrada, su experiencia política, sus expectativas utópicas y demás. Como hombre profundamente influido por el pensamiento ilustrado, confiesa una fe inquebrantable en la educación y la ciencia, vehículos del progreso de los pueblos. Razón por la cual, respaldado en un Rousseau educador, tiene confianza en las potencialidades humanas, las cuales deben ser decantadas, pulidas y desarrolladas. De allí su tenaz lucha contra la ignorancia.

En 1820, en vísperas de la independencia, escribe Valle en su periódico *El Amigo de la Patria*<sup>6</sup>, un artículo crítico a propósito de una convocatoria a una reunión patriótica, que homóloga a los llamados “clubs” de Francia y que, según su opinión, en algún momento dominaron aquella nación por medio del terror y la imposición de los intereses de pequeñas facciones. Del mismo se desprende una visión poco feliz de los habitantes de la Guatemala de entonces. Él teme que la participación de los grupos, dirigidos demagógicamente, pueda producir efectos contraproducentes y caóticos, pues “la desigualdad que la naturaleza ha puesto entre los talentos y penetración de los hombres, la candidez y facilidad que la falta de experiencia, de estudios y de meditación influye en los más cierto carácter ductible, sincero y ajeno a toda malicia de las gentes sencillas, forman la facilidad con que el común de éstas puede en tales reuniones arrastrar donde quiere a un hombre artificioso y versado en las luchas y contiendas, un orador fogoso y acalorado, un carácter emprendedor y prepotente...” (Valle, (a) 1969: 37).<sup>7</sup>

De situaciones tales son de esperar acciones en las cuales la muchedumbre ejerza presiones inapropiadas sobre las asambleas por medio de rumores, murmullos, aplausos y gritos que pueden ser encauzadas malévolamente por dirigentes de partido. No obstante, Valle parece contradecirse luego, cuando enfilando sus baterías contra

---

---

los demagogos, afirma que las gentes sencillas e ignorantes que temen ser engañadas, reciben con desconfianza las novedades de los desconocidos. Aquí entra en juego una referencia histórica explicativa de tal ambigüedad: los debates en torno a la independencia de Centroamérica estaban en su mejor momento, pero Valle, con una posición más moderada y conservadora, se oponía a los independentistas radicales dirigidos por Pedro Molina, a los cuales acusaba de pertenecer al partido de *oposición por exceso* y de propiciar el descontento y la convulsión de las masas.

La presencia de la visión ilustrada se deja entrever en las atribuciones que Valle hace a los integrantes del pueblo. Estas son apreciaciones que no se alejan de la desconfianza en las masas que también aparecen con nitidez en el *Ariel* de Rodó. Sin duda, con una distancia de ochenta años, estos dos autores comparten “en el ámbito de la cultura una idea radicalmente negativa de lo popular, que sintetiza para los ilustrados todo lo que éstos quisieran ver superado, todo lo que viene a barrer la *razón*: superstición, ignorancia y turbulencia” (Barbero, 1987:15).

Años después, Valle atenúa sus valoraciones sobre los guatemaltecos de entonces. En un texto sobre las aspiraciones de Guatemala, despliega una serie de atributos que, en el fondo, más parecen orientados a reconfirmar sus propias anhelos respecto al deber-querer-ser de aquellos ciudadanos. Afirma de ellos que “...aman a su patria con entusiasmo; quieren que sea independiente como la de los hijos de otros estados de América; quieren que tengan en su mismo seno el gobierno que debe regirla, quieren que sus derechos sean conocidos y respetados. Pero su voluntad es prudente y su buen juicio acreditado. Aman la independencia. Pero aborrecen la anarquía y detestan las resoluciones...” (Meléndez, 1988: 94).

Estas características no empatan con facilidad con aquellas que ven en la muchedumbre, un sujeto voluble proclive al arrastramiento, debido precisamente a su precariedad intelectual y educativa. Contienen, más bien, una matriz positiva de rasgos a los cuales aspirar para salir de una situación penosa o pueden, por el contrario, estar retratando a una minoría blanca criolla, de la cual él era el arquetipo.

Dentro de una tónica menos idílica pero que recupera un prudente optimismo sobre el potencial de la Guatemala indígena, en 1825 se permite celebrar diciendo: “Viendo a Indios que se creen salvajes reconocer y sostener con energía los principios sociales de más importancia para las naciones; viéndolos defender con valor su independencia de México (...); viéndolos elegir a sus primeros jefes o magistrados y confesar en estas

*elecciones uno de los derechos más preciosos de los pueblos; viéndolos calcular el tiempo y arreglar a su movimiento sus trabajos rurales y políticos, es imposible que los hijos de Guatemala dejen de penetrarse de gozo. “Ven en su primera edad el germen de los primeros principios: ven a sus padres dando lecciones a su posteridad”* (el subrayado es mío) (Valle, 1982: 349).

En un tercer momento, Valle tiende a compartir el desasosiego y desesperación de muchos ilustres americanos frente al fracaso de la independencia como pretensión de reforma de la sociedad. A esto algunos atribuyen el origen del *Facundo* de Sarmiento. Se produce un desfase entre las superestructuras jurídicas y las realidades políticas y sociales de los países emergentes. Para 1832, encontramos a un Valle más pesimista que perfila con nitidez sus propuestas de una república gobernada por los más sabios y preparados.

A estas alturas, recordemos, estaban apenas terminando las secuelas de las guerras y luchas intestinas entre los caudillos de Centroamérica que dilató de 1826 al 1829. El documento que da cuenta del momento es su vehemente crítica a la *Constitución Federal*.

Inicia estableciendo la distancia entre la aspiración suprema que los motivó y la pobreza de condiciones en las cuales se desenvolvían.

“No buscamos el Bello relativo; no aspiramos a aquel Perfecto proporcional a nuestro ser. El entusiasmo no quiso pensar en la humildad de nuestras aptitudes. Voló a un Bello ideal, a un Hermoso imaginario, a un Perfecto de que no somos capaces” (Ibidem: 75).

Otras expresiones son contundentes con respecto a las capacidades de los ciudadanos. Sobre los electores arrecia diciendo que

“el que no sabe cuáles son los conocimientos y virtudes que es preciso tener para ser legislador, jefe o juez; el indio más rudo; el joven más corrompido; el peruano o chileno o colombiano o bonairino más perverso, pueden ser electores (...), siempre que no estén procesados penalmente”.

Y con respecto a los elegidos, no oculta su desdén cuando dice que

“siendo dueños de las elecciones los infelices que son condenados a trabajar diariamente desde el nacimiento hasta el ocaso del sol para ganar un salario pequeño, dependiendo de su voluntad el salir de una vida tan miserable como penosa y elevarse a funcionarios que con poco o ningún trabajo llegan a tener honor, sueldos y poder; (...) ascenderán a los destinos más altos los que sin culpa suya tienen menos aptitud para legislar, gobernar, juzgar.”

---

---

Por supuesto, que la crítica no queda sólo del lado de los electores, sino que toca directamente el corazón del sistema jurídico. El poder electoral es, a su juicio, el que menos atención ha tenido de parte de la ley, de lo cual desprende las nefastas consecuencias de permitir a gentes faltas de preparación y de moral elegir y ser elegidos. Por ello, es necesario que se “*designen las cualidades que deben tener los electores y electos para que no sufra el pueblo por la ineptitud o la inmoralidad de sus funcionarios; que se acuerden las medidas que dicta la prudencia para asegurar el acierto de las elecciones...*”.

Del poder legislativo crítica  
“*que debía ser el primero en sabiduría y virtud, (y) llegará a ser el último en ambos aspectos; y a cuerpos que pueden formarse de miembros ineptos, ha dado la facultad de dictar leyes, llevar ejércitos y armada nacional, formar la ordenanza de una y otra fuerza, conceder al Poder Ejecutivo facultades extraordinarias (...)*”, pues “*un menor que tenga 23 años y un mayor que cumpla 30, pueden sancionar leyes a toda la República, aunque no posean los elementos de la ciencia legislativa, aunque sean inmorales, siempre que sus vicios no tengan el carácter de notorios*” (Ibidem: 76-77).

Tal como puede verse, Valle no generaliza abiertamente tales atributos a todos los habitantes de la región centroamericana; es claro que sus afirmaciones responden a situaciones puntuales y, por ende, involucran a determinados grupos sociales. Sin embargo, revelan sus representaciones con respecto a las características medulares que se requieren o, por el contrario, se adversan para la construcción de una república. En este sentido, tales opiniones tienen un peso significativo en la construcción de la americanidad, dada la importancia cimera de la participación de Valle en los acontecimientos de la independencia y la formación de la república. Teóricamente, podemos decir que ésta es parte de su contribución en la construcción de la americanidad tópica del istmo centroamericano.

Coincide con Sarmiento en los efectos devastadores de las pugnas políticas y armadas sobre los proyectos de transformación social y en la necesidad de extender la educación como medio para salir del estado de postración en que se encuentra la región. No obstante, a diferencia de aquél, que desconoce y combate la barbarie del mundo indígena-hispánico, Valle mantiene una posición más condescendiente y, aunque señala las limitaciones de las poblaciones indígenas, reconoce sus potenciales y tiene esperanza que éstas serán capaces de avanzar hacia formas superiores de civilización.

### ***Un proyecto ilustrado: ley, moral y educación***

Uno de los propósitos más claros de la práctica política de Valle fue la conformación de un proyecto civilizador al típico estilo ilustrado. Las fuentes de información y las relaciones permanentes de Valle dan una semblanza completa de la dimensión de su figura. Estudió en la Universidad de San Carlos de Guatemala, donde recibió el influjo de las ideas constitucionalistas—liberales— y de las doctrinas ilustradas del progreso por medio de la ciencia y de la educación. Vivió uno de los períodos más álgidos de la vida política centroamericana y supo responder a los retos de la historia, posiblemente más allá de los requerimientos de la misma.

Sobre su formación bastan dos ilustraciones.

“*Aceptar la física de Newton, la psicología de Locke y Condillac y las concepciones políticas de Rousseau y Montesquieu era afiliarse en la modernidad. Sellar su propio destino*” (Ibidem: IX).

“*Valle es uno de los representantes más completos de la generación de hispanoamericanistas de principios del diecinueve. Formados en el espíritu de la España dieciochesca, se enfrentan al cambio que produce la Independencia con espíritu supranacional —que los caracteriza— y realizan esfuerzos malogrados por constituir, al romperse la unidad hispánica, una comunidad de naciones hispanoamericanas*” (Ibidem: XII).

Ante los riesgos de la manipulación de las masas por la intervención de los líderes demagógicos, había que optar por el constitucionalismo. Siguiendo las enseñanzas de Locke y Montesquieu, preconiza García, abogaba por un “estado representativo” que garantizara el ejercicio pacífico y estable del derecho de propiedad basado en la limitación del poder y la idea esencial de la “constitución equilibrada” que Montesquieu había formado en *El espíritu de las leyes*. (Ibidem: XVII). Pero a ello había que sumar un ingrediente fundamental a toda república que se preciara de responder a los intereses de la ciudadanía: la justicia. Fue enfático al decir que “*la justicia es en cahos tan grande, el laso único que puede ligar intereses tan contrarios: y justicia en lo político, es el mayor bien posible del mayor número posible*” (Valle, (b) 1969: 190).

La moralidad juega también un papel central en su proyecto. Dadas las condiciones precarias de autoestima, secuelas del sometimiento y la opresión de que fueron objeto las poblaciones indígenas, es pertinente propiciar valores que reivindiquen los derechos que les corresponden por derecho natural. En particular importa la moral que define como el respeto mutuo de los derechos de todos.



La educación, junto a la ciencia, viene a ser otro de los pilares de su proyecto, si se quiere el más importante, dado el énfasis que pone sobre las pobres condiciones de formación y cultura de los originarios de Guatemala. Por ello, afirma que entre las obras más grandes del hombre está la creación, y que la educación es justamente una especie de creación. Por lo tanto,

*“negar a los hombres todos los conocimientos útiles y descuidar enteramente su educación moral, sería condenarlos a la más absoluta ineptitud o incapacidad, dejarlos sin valor alguno, hacer que en la tierra no hubiese más que salvajes, lacandones o camanches, y que la especie humana fuese una especie de horda de animales bípedos, esparcidos por las selvas y los bosques”* (Valle, 1982: 90).

De tan negro presagio, Valle saca fuerzas para proponer una serie de interesantes propuestas concretas de cómo instalar, extender y financiar la educación en la centroamericana de entonces, en las cuales se da el lujo, de intervenir en el campo de la pedagogía, el financiamiento y la administración educativa.

### ***Americanidad utópica: la América del futuro***

Aun frente a las adversidades, Valle hace tempranamente, en 1821, algunas anticipaciones sobre la América del futuro y, cuando lo hace, dice con claridad: “nos lanzaremos al futuro”. Sin duda, estas anticipaciones están ancladas en las esperanzas que destilan de las fuentes seculares de viejas utopías convertidas en leyendas que identificaban a la América como tierra de promisión pero que, a la vez, estaban fundadas en la evidencia, todavía notable, de la inmensa riqueza del continente y en las expectativas surgidas a la luz de los primeros pasos de la independencia política.

En el texto *América* hay una disertación luminosa que constituye el *sumunn* de una americanidad utópica pues, apelando a las funciones de la utopía de Roig, bien puede hablarse de una anticipación del futuro. El nuevo mundo será una superación del mundo antiguo. La América será

justamente el regazo en que se centrará ese nacimiento y desarrollo. Por su posición geográfica, su vastedad y riqueza, la incorporación y multiplicación de los inventos venidos de otras tierras, la ilustración de sus pobladores, etcétera, será –como ya lo anticipáramos– lo “que es al presente en Europa la rica y pensadora Albión”.



Habrá desarrollo productivo de las propiedades, apertura a otras naciones y estados, desarrollo del comercio, avance de la agricultura, multiplicación de las relaciones por medio de la marina, aumento de la población, llegada de extranjeros y por ende de talentos e invenciones, etc.

*“América no caminará un siglo atrás de Europa: marchará a la par primero; la avanzará después; y será al fin la parte más ilustrada por las ciencias, como es la más iluminada por el Sol”.*

Pero este futuro de felicidad y progreso se irá alcanzando por medio de la ciencia, la educación y el debido gobierno, pero asimismo, gracias a un fenómeno que recoge nuevamente en la interpretación de Valle, el reconoci-

miento y el respeto de las poblaciones indígenas, porque, a diferencia de Sarmiento que planteaba una oposición excluyente entre barbarie-civilización o en la aristocrática versión de Rodó que priorizaba la educación en la juventud de los sectores medios, Valle creía en la mezcla libre y fecunda de las razas. No hay duda que Vasconcelos tuvo



---

---

en Valle una cantera de ricas ideas para la creación de su raza cósmica.

*“Cruzándose –decía Valle– los indios y ladinos con los españoles y suizos, los alemanes e ingleses que vengan a poblar América, se acabarán las castas, división sensible de los pueblos; será homogénea la población; habrá unidad en las sociedades; serán unos los elementos que las compongan” (Ibidem: 217).*

En este proceso de mezcla, Valle cree que se multiplicarán los idiomas entre las naciones, pero que entre ladinos y españoles habrá un solo idioma que implicará la caída del muro de separación entre ambos. Por otro lado, la educación forjará hombres iguales ante la ley, prósperos en la producción y dignos en su moral. Los elementos y los métodos de la ciencia serán poseídos por las mayorías populares y, por tanto, *“habrá sabios entre los ladinos; habrá filósofos entre los indios; todos tendrán mayor o menor cantidad de civilización; y esta parte de la tierra será la más iluminada de todas”*.

En todo este proceso de desarrollo y de equiparaciones sociales justas, la América entera irá sufriendo una transformación en la fisonomía y el espíritu de sus habitantes, en particular aquellos que habían sido sometidos a la represión y la opresión y en quienes se demostrará con alto relieve la superación de las máculas y lastres del pasado.

En resumen, *“los de América se irán hermojeando y elevando a proporción que se borren las sensaciones de tiranía y nazcan las de libertad”*; *“se mudarán las fisonomías y tallas, las organizaciones y caracteres. Estos americanos tristes y desmedrados que sólo hablan ayes y suspiros, se tornarán en hombres alegres, altos y hermosos como los sentimientos que darán vida a su ser. No serán humildes como los esclavos. Tendrán la fisonomía noble del hombre libre” (Ibidem: 218).*

Resulta, sin embargo, digna de atención una mediación ideológica presente en todo este planteamiento de Valle. Como hombre profundamente permeado por el pensamiento ilustrado y pragmático de la época, en particular por las corrientes europeas, francesas e inglesas, específicamente no puede escapar a una de las críticas que formulara a los españoles de la conquista y colonización: la imposición de una visión ideológica del mundo. De una manera por supuesto diferente, pues se apela al expediente de la adaptación cultural, Valle propugna por un proceso de transfiguración ideológica y cultural a partir de las pautas y valores europeos. La resurrección de los indígenas pasa, entonces, por el reconocimiento de su dignidad personal como ciudadanos, de allí la importancia de la ley y el orden; pero no sucede así con el patrimonio antropológico-

cultural que, parece que Valle lo supedita a una necesaria modernización sobre la base de los imperativos del occidente ilustrado.

Queda, empero, una duda a la interpretación anterior, pues tampoco puede afirmarse un absoluto desprecio de dicho patrimonio en Valle, ya que en algunos momentos de su discurrir intelectual identifica y valora la cultura indígena sin llegar a asumirla como una alteridad legítima que convoca a una relación horizontal. Un atenuante a esta acusación es que Valle expresa con sinceridad el desconocimiento del mundo de las culturas indígenas a causa de una carencia de interés por parte de la historia, razón por la cual hace una sincera exhortación para que los historiadores se dediquen a investigar los diferentes momentos y facetas de la historia de la Guatemala india.

No obstante, para la Guatemala –la centroamericana– de principios del siglo diecinueve, tampoco se puede exigir una conciencia plena de las particularidades de un proceso de dominación que estaba en su apogeo y cuya diferencia estribaba en el cambio de dominación, de manos coloniales españolas a manos criollas conservadoras y aristocráticas. Pero la ausencia de una fisonomía espiritual y cultural para Guatemala de entonces, Valle sí tuvo la intuición de entenderla y de apurar camino para rellenar los vacíos de la misma. Es decir, de alguna manera Valle anticipó la importancia de esa americanidad (tanto tópica como utópica) cuando decía que

*“Guatemala no tiene todavía la historia que debe haber. Se considera a su estado presente (...), se ve su superficie, y no se penetra más allá; se mira su fisonomía exterior, y no se tiene idea de su alma”*.

Tal autoconciencia lleva a Valle a proponer una tarea de fundamental importancia para el futuro de la región: *“el patriotismo debe interesarse en llenar vacío tan grande, para que su administración sea menos desgraciada, para que se mida el espacio que ha corrido viendo el punto mínimo en que comenzó a existir y el máximo a que puede elevarse, para que se conozca su verdadero ser y las causas que le han ido formando y desarrollando, para que se aprenda a gobernarla con prudencia y levantarla con sabiduría a la altura que la llaman sus destinos” (Meléndez, 1988: 96).*

Resulta interesante que, a la altura del segundo decenio del siglo diecinueve, en el despliegue de expectativas y sueños que Valle tiene sobre la América del futuro, el paradigma norteamericano está apenas dibujado. Bolívar, contemporáneo de Valle, artífice de la independencia y militar heroico, pudo visualizar, en una suerte de premonición y de deducción histórica, el papel avasallador que los Estados Unidos, como imperio, tendría sobre la

humanidad de la América hispánica de su tiempo. Veinticinco años después, Sarmiento convierte el paradigma norteamericano en uno de los referentes fundamentales de su proyecto civilizador. Ochenta años después, Martí se debate en la guerra independentista de Cuba y vive en carne propia la imposición norteamericana, mientras Rodó atisba a criticar el modelo pragmático de la nordomanía, oponiendo como autoafirmación latinoamericana nuestras raíces latinas.

Valle no pudo presagiar ese amargo destino que los Estados Unidos deparaba para Latinoamérica. Sus referencias son apenas descriptivas y dentro de una tonalidad de apacible reconocimiento. De alguna manera, la experiencia existencial de Valle viene a explicar sus percepciones. Fue un hombre mayoritariamente sedentario, sus pocos viajes fueron a sus propiedades en Honduras y su estadía en México, como representante de Honduras ante el imperio de Iturbide. Parece haber estado prioritariamente dedicado a la política en el Reino de Guatemala que, para entonces, tenía en la ciudad de Guatemala, su sede principal. Sus lecturas y relaciones estuvieron fuertemente orientadas por las corrientes francesas e inglesas de la época, de las cuales destaca su profunda amistad y admiración por el inglés Bentham. Tuvo una relación indirecta con Bolívar a través de Bernardo Monteagudo, un representante suyo que visitara Centroamérica a finales de 1823.

Puede obedecer también esta posición a una admiración callada que tampoco fue trastocada por grandes acontecimientos políticos y bélicos contra los intereses hispanoamericanos y que produjeran rupturas ideológicas significativas en este gran hombre. Acontecimiento que comenzaron a abundar a finales del siglo diecinueve y se convirtieron en dramas cotidianos en los escenarios latinoamericanos a principios del siglo veinte.

Empero, dentro de la conformación de esta americanidad, en tanto proceso de ser-siendo y de querer-deber-ser, Valle tiene entre sus méritos ser uno de los pioneros, incluso antes que Bolívar, de las propuestas integracionistas de América. En 1822, con el título *Proyecto de Confederación americana*, Valle planteaba, entre otras cosas, realizar un Congreso General en Costa Rica o León, que cada provincia de una y otra América mandase su representante, que tales representantes formularan un plan para evitar que ninguna de las provincias fuese objeto de invasiones externas, que formasen la Federación grande para unir a todos los estados de América, que formularan un plan económico para su enriquecimiento, etc.

## Notas

<sup>1</sup> En 1959 se desató una polémica pública en Guatemala, a propósito de una gacetilla escrita por un periodista, quien aseguró que, en una oficina ministerial, el propio Ministro de Educación había ordenado excluir de los planes educativos a Valle como prócer, en razón de su posición conservadora y antiindependentista, e incluirlo solamente en términos de sabio ilustrado. Véase la *Justificación Editorial* en Valle, José C. *El Amigo de la Patria*. I. Guatemala: Editorial José de Pineda Ibarra, 1969.

<sup>2</sup> Autores tales como Carlos Meléndez o Rafael Leiva sostienen que por medio de un fraude electoral, los liberales nombraron a Manuel José Arce, en 1824, como presidente de la Federación, a pesar de que Valle había obtenido la mayoría de los votos emitidos.

<sup>3</sup> Véanse además de las obras incluidas en la bibliografía general de este trabajo, *Bibliografía básica comentada de y sobre José Cecilio del Valle* en el libro de Carlos Meléndez Ch., *José Cecilio del Valle. Ensayos y documentos*. San José, Costa Rica: Libro libre, 1988.

<sup>4</sup> Este es el caso de Erick Fromm y Michael Maccoby en su reconocido trabajo social sobre el campesinado de su libro *Sociopsicoanálisis del campesino mexicano*. México: Fondo de Cultura Económica, 1979.

<sup>5</sup> Nos referimos a ideas expresadas por el doctor Bernal en el comentario que hiciera a la conferencia *Aproximación crítica a la identidad latinoamericana* dictada por el filósofo uruguayo Yamandú Acosta, en un ciclo de conferencias organizado por el Doctorado de Estudios Latinoamericanos y el Servicio Universitario Mundial en la Universidad Nacional, en abril de 1998.

<sup>6</sup> En 1820, José Cecilio del Valle funda el periódico *El Amigo de la Patria* que permanece por tres años y que, junto al periódico *El Editor Constitucional*, de Pedro Molina, cumple un rol protagónico en el debate y difusión de las ideas independentistas y republicanas de la época.

<sup>7</sup> Las citas que provienen de las recopilaciones de *El Amigo de la Patria* respetan la ortografía utilizada en la época. Véanse las referencias bibliográficas al final del texto.

## Bibliografía

- Barbero, Jesús M. *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. Barcelona: Editorial G. Gili, 1987.
- Cerutti, Horacio. *Memoria comprometida. Cuadernos Prometeo*. (1996) (Universidad Nacional, Heredia, Costa Rica) 16, [s.p.].
- García L., Jorge M. *Orígenes de la democracia constitucional en Centro América*. Costa Rica: Educa, 1971.
- Láscaris, Constantino. *Historia de las ideas en Centroamérica*. Costa Rica: Educa, 1970.
- Leiva V., Rafael. *Vigencia del sabio Valle*. Centroamérica: Educa, 1980.
- Meléndez Ch., Carlos. *José Cecilio del Valle. Ensayos y documentos*. Comp. San José, Costa Rica: Libro Libre, 1988.
- Moscovici, Serge. *Psicología social II. Pensamiento y vida social. Psicología social y problemas sociales*. Barcelona: Ediciones Paidós, 1988.
- Sarmiento, Domingo. *Facundo. Civilización y barbarie*. México: Editorial Porrúa, 1996.
- Valle, José C. *Obra escogida*. (Selección, prólogo y cronología Mario García L.) Venezuela: Biblioteca Ayacucho, 1982.
- \_\_\_\_\_. *El Amigo de la Patria*. I. Guatemala: Editorial José de Pineda Ibarra, 1969.
- \_\_\_\_\_. *El Amigo de la Patria*. II. Guatemala: Editorial José de Pineda Ibarra.
- Vasconcelos, José. *La raza cósmica*. Cuarta edición. México: Colección Austral. Espasa-Calpe Mexicana, 1976.